

TERMINEMOS POR EL PRINCIPIO

Por Marta Ciudad

CABALLERO: Juegas al ajedrez, ¿verdad?

LA MUERTE: ¿Cómo lo sabes?

*CABALLERO: Lo he visto en los cuadros y
lo he oído en las canciones.*

*LA MUERTE: Sí, a decir verdad soy muy
buena jugadora de ajedrez.*

CABALLERO: Pero no eres mejor que yo.

*INGMAR BERGMAN,
El séptimo sello.*

1

Desanimada. Desalentada. Descorazonada. Completamente abatida. Cualquiera de estos adjetivos serviría para describir mi estado de ánimo en aquel instante. Aunque, en realidad, bastaría con un sencillo *me cago en la...*

Es que, simplemente, no me lo podía creer. No podía estar ocurriéndome aquello. No otra vez. No en mi primer día de vuelta. Miré alrededor negando incrédula con la cabeza, asombrada por lo caprichoso e impredecible que puede resultar el destino. Una vez más, me había dejado sin palabras. El primer día que ponía un pie en la ciudad, desde mi obligado retiro, y escogía parar en la única de entre sus *cienes y cienes* de gasolineras que estaba siendo atracada en aquel preciso instante. Si me lo cuentan, no lo creo. Hay que joderse. Con un suspiro resignado, mi mirada se paseó por aquel desastre. A unos metros de mí, cerca del mostrador y de la caja, yacía inconsciente el primero de los atracadores. Un hilillo de sangre resbalaba por su sien izquierda, mojando su pelo y su oreja, y un pequeño charco había empezado a asomar bajo su cabeza, avanzando lenta pero inexorablemente por las baldosas de color indefinido.

Escasos centímetros me separaban del segundo de ellos, hecho un ovillo sobre el suelo, tal y como había quedado cuando rebotó contra la estantería y cayó desmadejado. Su pie derecho no dejaba de moverse, espasmódicamente. Me recordó esa escena de *La Roca* en la que Nicolas Cage está intentando desactivar el primero de los misiles cargados con gas venenoso VX. Frente bañada en sudor, dedos temblorosos y agarrotados, respiración acelerada, el corazón a mil por hora, atronador en sus oídos, y un cadáver que no deja de sacudir el pie. Tap, tap, tap. A su pregunta de si eso es normal, Sean Connery y su flema británica responden con un lacónico *a veces pasa*. Resulta que, efectivamente, a veces pasa.

Un gemido trémulo me sacó de mis ensoñaciones. El dependiente, que había presenciado mi insólita entrada congelado tras el mostrador, brazos levantados, mirada vidriosa, temblando como una hoja, blanco como el papel, parecía estar a punto de derrumbarse. El pensamiento de dar media vuelta y alejarme de allí como si nada hubiera ocurrido pasó fugaz por mi mente. Entonces el dependiente se rindió a sus emociones y, con un sollozo de abandono, se desmayó, su cabeza golpeándose por el camino con el borde del mostrador. ¡PAF! Con otro suspiro y más negación de cabeza, dije adiós a la imagen de mí misma saliendo por aquella puerta. Saqué el móvil del bolsillo y busqué en la agenda un número que había confiado en no tener que volver a usar. Maldije mi suerte mientras esperaba a que descolgaran, preguntándome cuál sería el precio de mi llamada.

- Balboa.

- ¿Charlie? Soy yo. Tienes que venir.

Resumí la situación en un par de concisas frases y colgué antes de que pudiera pedir explicaciones. Charlie era todo un Inspector de la UDEV, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta del Cuerpo Nacional de Policía. Ya se las apañaría para llegar con los refuerzos y/o ambulancias necesarios. Y preguntaría después, de eso no me cabía duda. Conocía de primera mano su *sala del espejo*. De hecho, ella y yo éramos íntimos. En mi última visita a la ciudad había pasado con ella casi más tiempo que con mi propia cama. Rehuyendo pensar en el hecho de que pronto volveríamos a vernos las caras, ella y yo, me dirigí hacia el mostrador para recoger a aquel hombre del suelo y llevármelo fuera, a ver si un poco de aire fresco lo ayudaba a despejarse. De camino a la puerta le aticé una patada al tío de los espasmos en el pie, con la vana esperanza de que parara. Me estaba poniendo de los nervios. Salí afuera con una última mirada a Xi Wang, que continuaba en exactamente la misma posición que cuando entramos. Un paso por detrás de mí, pies separados, hombros atrás, manos a la espalda, esculpido en piedra. Albergaba serias dudas de que el monje fuera a mover un dedo en caso de que aquellos dos recuperaran la consciencia y las ganas de salir corriendo, pero esperaba que, al menos, me avisara antes de que lo hicieran. Perseguirles por ahí no iba a contribuir a mejorar mi disposición de ánimo precisamente.

Estábamos a finales de abril y la noche lucía fresca y despejada, ni rastro de las lluvias que harían de mayo florido y hermoso. No se puede tener todo. Senté a aquel tipo en la acera y le puse la cabeza entre las piernas. Hasta

ahí llegaba toda mi compasión. Tendría que conformarse con aquello hasta que llegaran los chicos de amarillo. Estaba vivo, ¿no? En mi línea de *buena* fortuna habitual, el tipo comenzó a despejarse poco después, por supuesto mucho antes de que llegara la dichosa ambulancia. Trató de levantar la cabeza un par de veces, pero mi mano la mantuvo en su sitio, amable pero inflexible, indicándole que tal vez hubiera sufrido una conmoción y que mejor haría quedándose tranquilo un poco más. Entre uno y otro intento, logró mirarme a los ojos y balbucear *la* pregunta.

- ¿Quién eres tú?

Buena pregunta. De esas increíblemente sencillas de formular y tremendamente complejas de responder. ¿Quién podría responder a esa pregunta con tan sólo unas cuantas frases? Personalmente, no sabría por dónde empezar. Veamos. Supongo que yo solía ser una persona preocupada por los principios. Más concretamente, por la posibilidad de que un final pudiera constituir el principio de algo, una muerte el comienzo de una vida. Me preguntaba si sería verdad eso que dicen sobre las segundas vidas, que no son nunca tan buenas como las primeras. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que yo era una niña despreocupada y alegre, la única hija de mis padres y a quien amarían más que a su vida. Fundador y presidente del Grupo Delfos, el mayor imperio hotelero jamás conocido, mi padre nunca permanecía mucho tiempo seguido en ninguna parte. Dado que no habrían podido vivir el uno sin el otro, terminamos convertidos en la familia Fog. Mi enseñanza obligatoria transcurrió entre paredes de hoteles de lujo, al borde de espectaculares acantilados y sobre la fina arena de las más

exóticas playas. A la tierna edad de quince años, hablaba cinco idiomas y chapurreaba muchos más, había vivido en los cinco continentes y lo desconocido y la novedad me perdían. Sin embargo, como todo lo bueno, aquello no duró mucho. Una noche como otra cualquiera, ocho años y medio atrás, cuando yo contaba con tan sólo diecisiete años, sufrimos un accidente de tráfico, los tres. Choque frontal contra un kamikaze. ¿Adivináis quién fue la afortunada y única superviviente? Me desperté en medio de un infierno, sólo para enfrentarme a los ojos sin vida de mi padre y a la desesperanza que reflejaban los de mi madre, atrapada por el amasijo de hierro y chapa en que se había convertido lo que un día fue nuestro coche. A ella la vi morir en la explosión, envuelta en llamas y humo. A él, al otro conductor, lo dejé morir de igual manera, espero que envuelto en dolor y desesperación. Sus desorbitados ojos fueron lo último que vieron los míos antes de desmayarme y caer en coma. Un coma que duraría seis largos años.

De algún modo mi conciencia reunió sus propios pedacitos y fue juntándolos poco a poco. Se rescató a sí misma de las brumas del olvido, gracias a lo cual pasé los siguientes tres años de mi vida con la única compañía de mis nada agradables y muy poco magnánimos recuerdos. Dicen que el tiempo es relativo. No puedo estar más de acuerdo. Para una conciencia que no duerme ni descansa jamás, tres años a solas consigo misma pueden alargarse en una interminable sucesión de eternos segundos sin final. En cualquier caso, mi motivación para escapar de aquel pozo no podría haber sido mayor. Aprendí a percibir mi entorno de una forma *distinta* de la habitual, mis sentidos

tradicionales inhabilitados por aquel entonces. Averigüé cómo funcionaba mi cuerpo y terminé arreglando lo estropeado para poder despertar. Y eso hice un buen día, sorprendiendo a más de uno. Lamentablemente, en mis hados no estaba escrito ningún *y vivieron felices y comieron perdices*. Resultó que, una vez despierta, después de tantos esfuerzos por salir de mí, por relacionarme con el mundo de alguna forma, la que fuera, el súbito exceso de información amenazó con acabar con mi cordura. A los estímulos que mis sentidos tradicionales percibían se sumaba el resto del mundo tratando de meterse dentro de mi cabeza. La inusual capacidad de mi mente de captar cada ínfima vibración, cada campo eléctrico, e interpretarlos, inundó de inmediato mi cabeza con sentimientos y emociones ajenas a mí. De haber podido escoger dónde despertar, un hospital repleto de sufrimiento y agonía no habría sido mi primera opción. A duras penas logré levantar una frágil protección alrededor de mi mente, separándola de todo lo demás. Dolorosamente descubrí que no podía dormir y mantener mis barreras en pie al mismo tiempo. Durante días me arrastré como alma en pena. Por esos caprichos del destino, accidentalmente *presenció* el asesinato del mismo médico que me había ayudado nada más despertar. Prácticamente me había traído al mundo por segunda vez. Y yo lo vi morir sin mover un dedo por evitarlo. Después de aquello me marché, bien lejos. Tras largos meses de infructuosa búsqueda, terminé encontrando a un maestro que me ayudó a conocerme a mí misma, a convivir con mi entorno y mis recuerdos, a reconciliarme con la persona en que me había convertido. A sobrevivir. Rodeada de personas que vivían cada segundo

en perfecto equilibrio y armonía comprendí que la paz no es algo que pueda enseñarse y aprenderse, sino una condición que uno debe alcanzar por sí mismo. Un estado difícil de aprehender, pero más aún de conservar. Merece cada esfuerzo, cada gota de sudor vertida en el intento. O eso creo. Jamás he tenido ni un atisbo del mismo, pero estoy convencida de que debe de ser maravilloso. Sin más opción que volver, mi tira y afloja con la Muerte se reanudó. De nuevo me vi obligada a *presenciar* más asesinatos, y algún que otro incidente adicional. Logré evitar los golpes con mayor o menor éxito, hasta el accidente. El segundo. Inesperadamente, había encontrado en mi camino a Eric, una persona estupenda que creía estar enamorada de mí, sólo para observar, impotente una vez más, cómo el destino me la arrebatava sin piedad, con la mayor de las crueldades. Yo fui quien lo mató, figurada y literalmente. A la única persona del mundo que podía mirarme y ver algo de bueno en mí. A *mi persona*. La primera vez que me marché lo hice por miedo a que las personas que me rodeaban acabaran con mi cordura. Esa segunda vez, lo que me asustaba era ser yo quien les causara daño a ellas. De alguna forma, me había convertido en un juguete en manos del destino. Dios, la Muerte, el azar, llamadlo como queráis. Él, o Ella, parecía encontrarme entretenida, divertida incluso, y no daba señal alguna de haberse cansado de mí.

Así que, ya veis. En esos días, los principios habían dejado de preocuparme. Los finales ocupaban su lugar. Religiosos y científicos afirman que el concepto de eternidad resulta difícil de comprender para el ser humano porque todo lo que nos rodea, cada fragmento que compone

nuestra experiencia, tiene un principio y un final, de modo que nos es imposible concebir que algo pueda haber existido y existir por siempre jamás. Se equivocan. En realidad, los seres humanos sólo tienen problemas con la parte del principio. Eso de existir por siempre jamás no les supone mayor desasosiego. De hecho, les encanta. Todo eso del elixir de la vida eterna, de los vampiros y los inmortales, y lo de resucitar a la otra vida y vivir en el paraíso para siempre... Esa misma idea, objeto de tantas novelas y obras de teatro, películas y óperas, sueños e investigaciones, ésa por la que tantos lucharían y muchos ansían, despierta en mí un pánico ciego, un miedo frío e implacable que trato de mantener a raya a duras penas. La pregunta que me mantiene despierta por las noches no es cuándo la Muerte vendrá a llevarme con Ella, sino si lo hará algún día.

- Vaya, mira quién está de vuelta.

La voz de Charlie me sacó de mis pensamientos, como había hecho en más de una ocasión en el pasado y por lo que no podía estarle más agradecida. Alcé la mirada y me lo encontré de pie frente a nosotros, una sonrisa burlona en la cara, un brillo divertido en los ojos.

- Me alegra comprobar que aún puedo contar contigo para poner algo de emoción en mi vida. La delincuencia de la ciudad estaba empezando a resultarme algo aburrida – Charlie dijo aquello alzando una ceja. Su tono no tenía nada de velada ironía. La destilaba.

Pffft.

Estirando un poco el cuello echó un vistazo al interior de la tienda, haciéndose una idea rápida de lo que allí había ocurrido.

- ¿Amigo tuyo? – preguntó, refiriéndose al monje.

- Más o menos – menos que más, pero tampoco era el momento de entrar en detalles -. Supongo que querrás tomarle declaración a él también, ¿no? Lo pregunto porque no creo que tenga mucho que decir. Venía detrás de mí y todo ocurrió tan rápido que dudo de que siquiera pudiera ver algo.

Charlie se me quedó mirando, escéptico, sin molestarse en replicar.

- No me mires así. Costi puede decírtelo – insistí, mi mano señalando hacia el pobre dependiente, que continuaba sentado en la acera.

Tanto Charlie como yo bajamos la vista hacia el susodicho, quien nos devolvió la mirada con tal expresión de desconcierto y confusión que habría inspirado lástima hasta al más malvado. Si yo hubiera dicho que un elefante morado había dejado KO a aquellos dos con un poderoso golpe de trompa, no habría podido sino mostrarse de acuerdo. El hilo de los pensamientos de Charlie no debía de diferir mucho del mío, porque volvió a mirarme con cara de *¿me estás tomando el pelo?* Pero a mí que no me mirara. Yo no tenía la culpa de su mala suerte con los testigos. Habiéndome contado yo misma entre ellos, no pensaba sino solidarizarme con cualquiera que optara al puesto. Haber sido apuntado con no una sino dos armas supondría un shock para cualquiera. Constantino, Costi para los amigos y, aparentemente, también para los que le salvaban de morir

desangrado sobre el suelo de su gasolinera, tenía todo el derecho del mundo a sentirse un poco perdido.

- De acuerdo – admití alzando las manos en claro gesto de rendición -, pero necesitaréis a alguien que hable inglés.

- Mira, esto sí que es nuevo – respondió Charlie, exageradamente sorprendido -. Tú poniendo las cosas fáciles. Por el aspecto de tu amigo, habría apostado a que necesitaríamos un traductor con conocimientos de algún idioma impronunciable del que nunca habría oído hablar.

- No sé por qué dices eso – repliqué -. Que yo sepa, siempre he hecho lo posible por colaborar.

Di gracias al cielo porque la ambulancia apareciera justo en aquel instante, ahogando la previsiblemente ácida respuesta de Charlie. Aquélla era la base de nuestra relación. Yo hacía lo posible por ayudar, él cuidaba de mí sin tener ni idea de por qué y mis pequeños y oscuros secretos flotaban entre nosotros, obvios como el día pero inasequibles cual espejismos. La frustración por no poder resolver aquel acertijo, o sea yo, debía de estar volviéndole loco. Siguiendo la máxima de *ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca*, Charlie no me quitaba ojo de encima. Esperando al error que me delatara, al pequeño indicio que le permitiría averiguar qué demonios escondía tras mis medias verdades. Me parecía una buena postura. Al fin y al cabo, antes o después, todos terminamos cometiendo un error. El quid de la cuestión, algo que pocos intuyen y menos llegan a entrever, es que no basta con mantenerse lo suficientemente cerca como para no perderselo. Además, hay que saber reconocerlo.

Junto con la ambulancia llegaron los refuerzos de Charlie. Éste impartió instrucciones en tono autoritario, asignando hombres tanto a Costi como a cada uno de los asaltantes, además de indicar quiénes debían permanecer en la escena del delito, reconociendo el terreno, haciéndose con las cintas de seguridad, interrogando posibles testigos, ese tipo de cosas. Para cuando Charlie terminó de arengar a sus hombres y se volvió hacia mí, el monje estaba de vuelta en su *un paso por detrás de mí* posición, relevado ya de sus responsabilidades como centinela. Reprimiendo un pequeño gesto de sorpresa, junto con su curiosidad, Charlie se dirigió a mí.

- Tú dirás. ¿Esperáis a mañana para pasaros por las oficinas a prestar declaración o preferís hacerlo ahora?

- Mejor nos acercamos ahora, si a ti no te importa. Así nos lo quitamos de encima – respondí.

Aquel día se me estaba antojando con más horas de lo habitual. No parecían terminarse nunca. Sin embargo, si pretendía pasarme por el despacho de mi padrino al día siguiente, como era mi intención, no me quedaba más remedio que quitarme lo de nuestras declaraciones de en medio aquella noche. Una hora encerrada en la sala del espejo, por lo menos, sería mi recompensa por una buena acción. Quién ha dicho que el mundo sea justo. Qué diablos, la mayor parte del tiempo ni siquiera es agradable. Pero no pasa nada. Hace tiempo aprendí que la justicia, como muchos otros conceptos abstractos y elevados, como la felicidad o el honor, no es más que una invención del ser humano, la extrapolación de nuestras imperfecciones en una idea utópica e irrealizable. Ideales inalcanzables pero

imprescindibles. Nos recuerdan lo mal que lo hacemos día a día y por qué nos levantamos cada vez que caemos, sólo para volver a tropezar más y peor. Nos dan esperanza. Sin ella, la existencia no es vida, sino un montón de funciones biológicas teniendo lugar una tras otra. Sin ella, los sueños desaparecen y las pesadillas ocupan su lugar. Hacedme caso, aferraos a vuestras ilusiones y vuestros sueños como si os fuera la vida en ello. Porque os va. Una vez se han perdido, no resulta fácil recuperarlos. Tal vez, ni siquiera sea posible hacerlo.

Charlie había impartido las últimas instrucciones con rapidez y ya estaba montándose en su coche, un C5 negro que había aparcado junto a uno de los surtidores de la gasolinera. Agachándome, di unos suaves toques en la ventanilla del copiloto.

- Si te parece bien, nosotros te seguimos en mi coche. Así no tienes que acercarnos cuando terminemos.

- ¿Tu coche? – se sorprendió Charlie.

En realidad, tenía toda la razón del mundo para sorprenderse. De hecho, tenía dos señoras razones para hacerlo. La primera, que mi coche había quedado reducido a un amasijo de hierros retorcidos y plástico fundido tras el accidente en el que, técnicamente, murió Eric, dos días antes de que me marchara de la ciudad. La segunda, y no sigo ningún orden concreto, que no tenía carné de conducir. Lo que yo tenía era un trozo de plástico que Charlie me había dado el día que nos despedimos y que guardaba desde entonces en la cartera. Sus datos eran los míos, su foto la mía y, si me preguntaran, diría que parecía legal. Pero, qué sé yo de estas cosas. No sabía con certeza de

dónde había salido, si debía agradecerlo a las conexiones de Arturo, a las de Charlie o a una combinación de ambas. Sí estaba bastante segura de que no era el resultado de mi extraordinaria pericia como conductora. Jamás me había presentado a examen alguno. Aquel día, al entregármelo, Charlie me ahorró muchos quebraderos de cabeza, no tener que asistir a clases de autoescuela no era el menor de ellos, pero también transgredió alguno, seguramente varios, de sus férreos principios. Desconocía el grado de comodidad que había alcanzado con la idea de saberme suelta por ahí bajo los auspicios de aquel carné, pero no tenía ninguna intención de ponerlo a prueba. Opté por la docilidad y la parquedad de palabras. Cuanto menos se remueva un asunto peliagudo, mejor.

- Está aparcado allí mismo – indiqué, aún agachada a la altura de la ventanilla. Mi brazo señalaba hacia el lateral de la tienda, donde habían habilitado unas pocas plazas para el estacionamiento de clientes.

Con un leve asentimiento de cabeza, Charlie avanzó su coche hasta situarlo por delante del mío y se quedó a la espera. Casi podía oír su *¿y ahora qué?* cuando observó por el espejo retrovisor cómo mi puerta se abría de golpe, apenas instantes después de haberse cerrado, y yo salía disparada hacia la tienda. Un par de minutos, un billete de diez euros y una visita al baño después, estaba de vuelta, disculpándome a gritos y lanzándome dentro del coche sin perder pie. Sólo esperaba que mi billete no terminara pagando la ronda de cervezas de aquella noche.

En plena hora punta, llegar hasta sus oficinas nos habría llevado unos agónicos e interminables veinte minutos.

Aquella noche de martes, con un tráfico que de tan fluido resultaba inexistente, nos llevó media hora larga, los ojos de Charlie clavados en el retrovisor, siguiéndonos a mí y mis movimientos con escrupulosa atención. En fin. Bien pegadita a su parachoques trasero, bajamos hasta el segundo piso del aparcamiento subterráneo. Charlie aparcó frente al ascensor y yo unas cuantas plazas más allá. Letras blancas indicaban que las que nos separaban estaban *reservadas*. Si el nivel de ocupación del aparcamiento era indicativo alguno, el edificio debía de estar completamente desierto, los acreedores de aquellas plazas bien calentitos dentro de sus mullidas camas. Aún así... seguiría apostando por mi recién adoptada *no poner a prueba* actitud. El trayecto en ascensor hasta el vigésimo piso se me antojó más largo de lo habitual, el aire encerrado dentro de aquellas paredes de metal denso por el tenso e incómodo silencio que nos envolvía. Únicamente nuestras respiraciones lo perturbaban. La de Charlie y la mía. No estoy segura de que el monje necesitara respirar en un periodo tan breve de tiempo. Podía notar la curiosidad de Charlie con tanta intensidad que podríamos haber sido cuatro y no tres en aquel ascensor. Habiendo obtenido pocas respuestas de mí en el pasado, optó por callar. Escogería con cuidado la pregunta y el momento. No iba a agotar sus cartuchos disparando al aire. Por fin sonó el *ding* que anunciaba que habíamos llegado a nuestro destino. Las puertas se abrieron con suavidad y los tres permanecimos en nuestras posiciones, completamente quietos, esperando que algún otro diera el primer paso. Las puertas comenzaban a cerrarse de nuevo cuando Charlie sujetó una de las hojas con su mano izquierda y me invitó a

salir con un *las damas primero*. En el hall nos esperaba un hombre alto y fornido, sus rizos pelirrojos restándole algo de empaque.

- Helena, te presento al agente Sergio Fuentes. Él será quien tome declaración a tu *amigo*, mientras yo me ocupo de la tuya. Si os parece bien.

Charlie había añadido lo último más que nada por resultar cortés. Nos pareciera bien o no, así se haría. Lo único que podíamos objetar era exigir la presencia de nuestro abogado, y eso era algo que no íbamos a hacer de ninguna de las maneras. Uno, no habíamos hecho nada malo. Dos, ni en broma iba a sacar de la cama a mi padrino un martes a las mil de la noche por una tontería semejante. Ya lo había necesitado en el pasado para asuntos más serios y algo me decía que volvería a hacerlo. Como Charlie, tampoco yo quería agotar mis cartuchos matando moscas a cañonazos. Además, teniendo en cuenta las historias que había contado en el pasado entre aquellas paredes, la de esa noche era un paseo por el parque. Ahora que pensaba en ello, aquélla era la primera vez que podía ser cien por cien sincera. El repentino pensamiento me hizo sonreír.

- ¿Y eso? - inquirió Charlie, alzando una ceja.

- Oh, no es nada – contesté, mi sonrisa aún más amplia -. Es que estaba pensando que hacía tanto tiempo que no pasaba por aquí que casi lo echaba de menos – bromeé.

Lo que no mencioné fueron los sentimientos que despertaba en mí el hecho de encontrar las oficinas del CNP tan familiares. Ni siquiera me apetecía ahondar en el tema. Corroborando mi conformidad con un *me parece perfecto*, me despedí del monje, ambos intercambiando pequeños

asentimientos de cabeza, y contemplé cómo éste se alejaba precedido por el agente Fuentes.

- ¿Lista?

- Sólo si me prometes que después nos tomaremos un café. Supongo que tu jefe no andará por la oficina a estas horas – aventuré.

El café que servían en la oficina era un asco, nada que envidiar a esos vasos de plástico llenos de un líquido turbio que parece haber salido de un calcetín estrujado y que son una constante en las películas policíacas. Sin embargo, como había terminado por descubrir tras varias visitas a la sala del espejo y unos cuantos delitos a mi espalda, el jefe de Charlie escondía en su despacho una cafetera Nespresso última generación, la *state of the art* de las Nespressos, una auténtica maravilla.

La sala del espejo no había cambiado en lo más mínimo, continuaba tal y como la recordaba. Paredes desnudas, salvo por un reloj redondo de fondo blanco y agujas negras colgado en una de ellas. Un espejo presumiblemente falso, o eso esperaba yo, ocupaba la mitad superior de la pared opuesta. Por todo mobiliario, la sala contaba con una mesa rectangular y cuatro sillas arrimadas a ella, dos por cada lado, las cuatro terriblemente incómodas. Ninguna ventana. Prolongadas estancias, frecuentes visitas, calidez. Para mi desgracia, ninguno de ellos parámetros de diseño. Me senté en mi silla de siempre y, un minuto después, Charlie hizo lo propio en la suya, frente a mí. Había salido a buscar la grabadora, que colocó sobre la mesa, en una esquina. Una vez termináramos, se disculparía y saldría para entregársela a sus gnomos de mecanografía, que tendrían lista la

transcripción de mi declaración en meros minutos. En el pasado, siempre andaba contando esos minutos, con el secreto deseo de que resultaran insuficientes. Porque eso significaría que el espejo era realmente falso y que habían empezado con la transcripción mucho antes de contar con la grabadora.

- ¿Comenzamos? – preguntó Charlie, su dedo sobre el record.

- Claro.

Sin molestarme siquiera en aclararme la garganta, me lancé a ello. Empecé con el vuelo que me había traído de regreso, el IB3643 de la nuestra maravillosa compañía Iberia. Quien no crea que volar con Iberia es una experiencia maravillosa y gratificante, debería probar con ciertas compañías que, de forma tan encomiable, cubren la necesidad de ofrecer vuelos a bajo coste. Mi maleta y yo tuvimos la suerte de acabar en uno de sus aviones el día en que nos presentamos sin más en el aeropuerto, hacía ya medio año. Fue una de esas experiencias difíciles de olvidar que, con el paso del tiempo, se tornan en anécdotas graciosas que contar en reuniones familiares. Suponiendo que a uno le quede algo de familia viva con la que reunirse. Volviendo al tema, nuestro vuelo tomó tierra a eso de las diez de la noche, con una media hora de retraso. Pasillos, maletas, más pasillos y, apenas una hora después, el monje y yo estábamos a salvo y calentitos en casa de mi abuela. En esta ocasión me había rendido ante la evidencia y había pedido a Esther, la mujer que se encargaba de mantener la casa en orden, que hiciera una compra básica. La última vez me llevó tres intentos y siete días llenar los armarios de mi

cocina. Pensé que, ya que traía a un invitado conmigo, impuesto pero invitado al fin y al cabo, lo menos que podía hacer era poner café y pan de sándwich a su disposición. Para no defraudar, comida no era precisamente lo que yo necesitaba con tanta urgencia aquella noche que tuve que personarme en la gasolinera del infierno, no. Lo que yo necesitaba, y que dudaba hubiera siquiera rozado la lista de la compra de Esther, eran ciertos productos de higiene femenina. Como toda chica sabe, basta realizar un viaje para que nuestra amiga se presente, inesperada e imprevista. Nunca falla. Especialmente, si no vas preparada. En resumidas cuentas, que si yo no tuviera un padrino tan fantástico, habría tenido que pedir prestado el coche a mis vecinos. O haber pedido a un taxi que viniera hasta la quinta puñeta, que era donde se erigía la preciosa casa de mi abuela, para llevarme hasta una gasolinera y de vuelta a casa. Y eso sonaba bastante ridículo, la verdad. Habría sido la caja de tampones más cara de la historia de la humanidad. Pero, de algún modo milagroso, cuento con un padrino formidable que se había encargado de reponer el coche que él mismo me había regalado y yo solita había reducido a polvo y cenizas. Arturo siempre ha sido el mejor. Eso exactamente fue lo que pensé cuando abrí la puerta de mi garaje y descubrí un reluciente Mercedes Sport C Coupé negro, igualito al anterior, hasta en el *manos libres*. Puse los ojos en blanco al recordar mi poco satisfactoria experiencia con su predecesor. Metí primera y enfilé el camino de entrada que me llevaría a la calle, mis ojos eludiendo esquivos el dichoso panel. Desconfianza aderezada con algo de aprensión, eso despertaban en mí todos aquellos

avances. El mundo había aprovechado los años que pasé fuera de circulación para entrar de lleno en la era tecnológica y yo sentía que nunca podría ponerme al día. Claro que mis habilidades con chismes eléctricos/ electrónicos ya dejaban algo que desear antes del accidente. Ahora, dejaban mucho que desear y no se cansaban de volver para recordármelo y darme una patada en el culo.

De modo que así es como el monje, que no consentía en dejarme ni a sol ni a sombra, y yo terminamos irrumpiendo en mitad de un asalto a mano armada aquella noche. Tal y como le había dicho antes, todo ocurrió muy rápido. Las puertas automáticas de la tienda se abrieron en cuanto el detector me localizó, franqueándonos el paso sin traba alguna. Apenas puse un pie en el suelo grisáceo del local, supe que algo no iba nada bien. Las elevadas voces que se oían instantes antes habían callado de repente, dando paso al más absoluto silencio. El tipo que apuntaba con un arma al dependiente, de pie al lado opuesto del mostrador, cara de pánico y sudando de puro terror, fue el primero en reaccionar. Se dio media vuelta, evaluó la situación y tomó la decisión equivocada. Retiró el arma de la frente del aterrado dependiente para apuntarla en mi dirección. Por puro instinto, le dije a Charlie, agarré lo primero que tenía a mano y se lo lancé, con la buena suerte, una de esas *casualidades*, de acertarle entre ceja y ceja. Cayó redondo al suelo, la pistola resbalando de su súbitamente distendida mano para caer al suelo, rebotando un par de veces y girando sobre sí misma algunas más hasta quedarse, finalmente, quieta. Su compañero, más lento de reflejos, debía de ser también el más cobarde de los dos. O el menos

delincuente. Sin duda con la excusa de montar guardia, probablemente para estar unos cuantos pasos más cerca de su vía de escape en caso de que algo se torciera y hubiera que poner pies en polvorosa, había permanecido junto a la puerta. De espaldas y a tan sólo un metro de mí. Apenas había empezado a girarse en mi dirección cuando, de nuevo en un acto reflejo, la adrenalina tiene estas cosas, le aticé un golpe en la tráquea, que bien pudo haberlo dejado inconsciente. Fue eso o el golpe que se llevó al salir despedido contra la estantería metálica que se interpuso en su camino al suelo. Y eso era todo, concluí alzando las manos, palmas hacia arriba, cara de no haber roto un plato en mi vida. Cuestión de segundos, en serio. No podía estar segura, dije, pero apostaría a que, para cuando Xi Wang atravesó el umbral, todo había terminado y los dos tipos yacían inconscientes en el suelo. En cuanto a Costi, no había mucho que contar. El pobre había aguantado en pie hasta que los dos tipos estuvieron fuera de combate. Una vez sospeché que todo había concluido, hizo lo que se moría por hacer desde que había empezado. Desmayarse. Me sabía mal dejarlo allí tirado hasta que viniera la ambulancia, por eso te llamé deprisa y corriendo, añadí. Lo recogí del suelo, lo saqué fuera y, como tanto le gusta y cuesta decir a Porky, *eso es todo, amigos.*

Siguiendo con nuestra rutina, repetí toda la historia una vez más, tras lo cual Charlie hizo aquello de preguntar por tal detalle o cual otro, de saltar adelante y atrás, buscando incongruencias en mi relato, pero se notaba que lo hacía sin ganas. O bien la esperanza de pillarme en un renuncio lo había abandonado, o mi historia resultaba más convincente

que las anteriores. Tan sólo cuarenta minutos después de haber entrado en aquella sala ya estábamos listos para abandonarla. Debíamos de haber batido algún tipo de récord.

Mientras los gnomos transcritores trabajaban en mi declaración y esperábamos a que el agente Fuentes y el monje terminaran, Charlie y yo nos tomamos el prometido café, sentados en los sofás del hall, desierto a aquellas horas. Rozábamos la medianoche. Si en algún momento me pregunté por qué habíamos salido a la entrada a tomarnos los cafés en lugar de quedarnos en la sala, no tuve que esperar mucho para averiguarlo. Disfrutábamos en silencio del aroma de nuestros *espressos* cuando Charlie decidió lanzarse a la piscina. Me habría gustado ser testigo de la batalla que debía de haberse librado en su cabeza. A pesar de la turbidez de mi pasado más reciente y del dudoso honor de haber ascendido por su lista de sospechosos hasta llegar a ostentar el número uno, después y a pesar de todo aquello, Charlie necesitaba mi ayuda. Ayuda que yo había ofrecido entusiasta e insistentemente en el pasado y que él había rechazado con rotundidad en cada ocasión. Tan entusiasta me había mostrado entonces por ofrecerla como reticente me hallaba ahora de proporcionarla. Mi afán por ayudar me había llevado a meterme en el camino de un violador y del psicópata de su hermano y, aunque ambos terminaron entre rejas, éste último logró llevarse por delante la vida de Eric antes de hacerlo. Mi reserva de ganas de ayudar no podía estar más seca.

- Ha vuelto a matar, ¿sabes? – me soltó Charlie, su mirada absorta en su café, desentrañando cualesquiera misterios que aquel líquido oscuro escondiera.

Por toda respuesta asentí levemente con la cabeza. No quería saber más, de verdad que no.

- Dos veces – insistió Charlie, a pesar de mi falta de entusiasmo -. Dos mujeres. Jóvenes. Guapas. Como a todas las demás, les quedaba toda la vida por delante. Tanto por hacer.

De nuevo, permanecí callada. Estaba claro que Charlie trataba de conmovirme, de hacerme sentir culpable.

- La última acababa de cumplir los treinta y dos – prosiguió con su discursito -. Ella y sus cuatro amigas de siempre lo celebraron pasando el fin de semana fuera, en San Sebastián. Llevaba tiempo queriendo llevarlas de pinchos por el barrio viejo. Por lo visto, no sólo le gustaba comer bien, sino que cocinaba de maravilla. Tendrías que haber visto la cocina de su piso. Hasta tenía una máquina para hacer pasta sujeta a la encimera. Y era guapísima. Pelo negro y rizado, casi hasta la cintura. Ojos castaños y enormes, tremendamente expresivos, incluso en las fotos. Y era muy querida entre sus compañeros. Durante las entrevistas, ni uno sólo de ellos pudo imaginar motivo alguno por el que alguien habría querido hacerle daño. Y su madre, deshecha en un mar de lágrimas. Tuvieron que sedarla durante la misa previa al entierro.

Charlie continuó con aquella pantomima un montón de minutos más. Tantos, que empecé a preguntarme si le habría pedido al agente Fuentes que entretuviera al monje hasta haber terminado conmigo. La idea despertó una

sonrisa en mí. No podía evitarlo. Adoraba a aquel tío. Por fin hizo una pausa en su discurso, una de ésas con sentimiento, de las teatrales que sólo buscan crear algo de expectación antes del alegato final.

- Va a volver a hacerlo. A matar – arrancó Charlie, mirándome muy serio a los ojos -. Y pronto. La frecuencia con la que actúa está aumentando. Cada vez deja pasar menos tiempo entre un homicidio y el siguiente. De hecho, ya debe de haber escogido a su siguiente víctima. En este preciso instante, mientras tú y yo estamos cómodamente sentados en este sofá, disfrutando de nuestros cafés, él anda ahí fuera, vigilando a la mujer que ha elegido matar, planeando cómo va a acabar con ella, estudiando cada detalle...

- ¡Vale, ya está bien! – me rendí exasperada -. Tú ganas. ¿Qué quieres de mí?

- Que nos ayudes a pillarlo. Me guste o no, las únicas pistas con las que contamos nos las has dado tú. No sé cómo haces lo que haces. Ni siquiera sé exactamente qué es lo que haces, si es que haces algo – antes de que yo abriera la boca para protestar Charlie alzó una mano, pidiéndome que esperara –, pero si nos ayuda a atrapar a este tío, me da igual. Echaré mano de cualquier recurso a mi alcance con tal de evitar la muerte de otra mujer más. Y si eso te incluye a ti, lo siento mucho pero vas a tener que cooperar, te guste o no.

Vaya, Charlie iba en serio. De eso no había duda. Sentí cómo mi resolución se derretía como hielo bajo el sol. Cómo decir no a quien nunca me había negado su ayuda, ni una sola vez, ni siquiera cuando ayudarme significó ir en contra

de sus principios. Me había salvado de perder el control, y posiblemente la cordura, en más de una ocasión. Además, por mucho que intentara negármelo a mí misma, yo también quería atrapar al asesino. Se lo había prometido a la mujer cuyo asesinato viví como si fuera el mío. Las imágenes de aquellos ojos negros mirándome fijamente, a escasa distancia de mi cara, mientras sus delgados y crueles labios recitaban aquellos versos de Shakespeare y sus manos apretaban inclementes mi garganta, mi boca abriéndose una y otra vez sin lograr que el aire llegara a mis pulmones, en llamas dentro de mi pecho... Todos y cada uno de aquellos instantes habían quedado grabados a fuego en mi mente, para la eternidad. Si lograba que no desfilaran por delante de mis ojos en cuanto éstos se cerraban, si conseguía que todo un día transcurriera sin que me persiguieran para atormentarme, únicamente se debía a que las escondía tras una puerta cerrada con llave, en una de las oscuras habitaciones que poblaban los rincones más remotos de mi mente. Donde los monstruos descansan esperando a que caiga la noche.

Me dije que se lo debía a Charlie y a la mujer muerta, a todas ellas. Que era mi obligación, lo correcto. Si he de ser sincera, la mirada que Charlie me dirigía en aquel momento habría bastado para convencerme, buenos propósitos morales a un lado. Sus ojos no habían abandonado los míos en ningún momento. En ellos se leía su fuerza y testarudez, la gran pasión que ponía en su trabajo y su férrea determinación. Todas las cualidades que hacían de él un policía estupendo y un amigo aún mejor. De pronto, me sorprendí deseando demostrar al dueño de aquellos ojos lo

mucho que yo valía, que podía contar conmigo. Quería ayudarlo en lo posible. Anhelaba que esos profundos ojos castaños miraran los míos y me vieran a mí, no a un bicho raro ni a una sospechosa escurridiza y algo excéntrica. Me pregunté cómo se vería el marrón de sus ojos en la intimidad de un dormitorio, imaginé ese brillo de dureza e inflexibilidad derritiéndose hasta convertirse en algo cálido y...

- ¿Helena?

Mierda. Ya volvía a hacer aquello. Divagar. ¡Y con Charlie! Ya podía ir olvidándome del tema. De ninguna de las maneras iba a correr el riesgo de acercarme a otro ser humano, mucho menos a Charlie. Además, ¿en qué estaba yo pensando? El tío ni siquiera estaba seguro de qué era yo. Mi nombre probablemente aún figurara en su lista de sospechosos. No me cabía duda de que pensaba en mí con frecuencia, pero con la misma certeza sabía que no lo hacía en mí como mujer. Antes apostaría por imágenes de demonios o extraterrestres apareciendo tras la máscara desgarrada de mi rostro. Y yo imaginándomelo en un dormitorio. ¡Helena!

- Helena, ¿estás bien? – insistió Charlie, los minutos de espera demasiados incluso para él.

- Sí, perdona – respondí cerrando los ojos, a ver si así conseguía alejar las imágenes que habían comenzado a tomar forma en mi cabeza -. Es que andaba distraída pensando en... en el asesinato de aquella mujer y...

Mi habilidad para mentir e improvisar, especialmente en situaciones delicadas y comprometidas, estaba más o menos a la altura de mis conocimientos tecnológicos. Así

había sido antes del coma y así continuaba siendo tras él. Terminaría convirtiéndome en la única ancianita de cabellos grises del planeta que continuaba sonrojándose y tartamudeando.

- Entonces, ¿qué me dices? ¿Vas a hacerlo?

- ¿Cómo? – pregunté confundida. Dios mío, esperaba que Charlie no pudiera leer en mí con la misma facilidad con que lo hacía Eric. Noté cómo comenzaba a ruborizarme, de pura vergüenza. Afortunadamente, la iluminación resultaba lo suficientemente tenue como para esconder ambos, mi mortificación y mi incapacidad social.

- Te preguntaba si vas a ayudarnos a atraparlo – respondió Charlie, paciente, sus ojos aún fijos en los míos. Estaba empezando a marearme.

- Claro. ¿Qué tengo que hacer? – cualquier cosa con tal de que interrumpiera el contacto visual conmigo.

Temía que, de continuar así un poco más, terminaría por abalanzarme sobre él para arrancarle la camisa, pequeños botones blancos saldrían disparados por el aire y se desperdigarían por el suelo del hall. Enfrentarme a la Muerte de nuevo no sería nada en comparación con la humillación que supondría aquello. Para mi alivio, mi capitulación acaparó la atención de Charlie, cuyos engranajes comenzaron a estudiar posibilidades y alternativas. Entusiasmado por la nueva vía de investigación que se abría ante él, sugirió pasarse por la casa de mi abuela al día siguiente para que examináramos juntos los expedientes del caso. Verdaderamente, debían de estar en un callejón sin salida para mostrarse tan entusiasmado con mi cooperación. Sin salida y oscuro como la boca del lobo. Quién lo habría

dicho meses atrás, cuando me desesperaba tratando de acceder a más información sobre el caso y me moría por que contaran conmigo. Sin más, allí estaba Charlie, *pidiéndome* que echara un vistazo a todo lo que tenían, prácticamente rogándome que lo hiciera. Las vueltas que da la vida. Si tan sólo pudiéramos sentarnos y esperar. Suprimiendo las ganas de reírme a carcajadas por lo absurdo de la situación, contesté que me parecía una idea estupenda, siempre y cuando pudiéramos empezar pasado el mediodía. Si me descuidaba, tendría a Charlie llamando a mi puerta a las cinco o seis de la mañana, y de veras quería hacer esa visita a mi padrino. De ninguna de las maneras podía estar de vuelta en la ciudad sin pasar a decirle hola. Al fin y al cabo, me había regalado un coche.

Confirmando mis anteriores sospechas, Charlie se puso en pie y, aduciendo que iba a ver qué les estaba llevando tanto tiempo al agente Fuentes y a Xi Wang, se alejó por el pasillo, dejándome a solas con mi café. Una pena que se hubiera quedado frío hacía ya tiempo. No había terminado de dejar mi tacita con su platito sobre la mesa auxiliar cuando Charlie regresó, seguido de los otros dos. La cara del monje tan impasible como siempre. Me pregunté si lo habrían tenido mirando a la pared toda la noche. O al infinito. A fin de cuentas, él ni siquiera había visto nada. Bueno, me dije, tampoco es que aquello pudiera haberle supuesto gran inconveniente. No parecía muy diferente de lo que hacía la mayor parte del tiempo. Sospechaba que el cambio de mobiliario no había afectado mucho a su capacidad de abstracción.

Charlie llamó al ascensor por nosotros y los cuatro esperamos allí plantados, de pie en medio de un vestíbulo vacío y silencioso, en las entrañas de un edificio a oscuras y desangelado. El *ding* me sorprendió diciéndome que, total, quién tenía algo mejor que hacer que prestar declaración y prometer colaboración a un intimidante agente de la ley a la buena hora de casi la una de la mañana de un miércoles cualquiera.